

# Hacia una nueva sociedad: las drogas y la juventud

**por D. Eduardo Serra**

*Conferencia pronunciada  
el 9 de diciembre de 1996*

Forum Deusto



## Hacia una nueva sociedad: las drogas y la juventud

por D. Eduardo Serra\*

Buenas tardes, señoras y señores. Diez años de mi vida me he dedicado a intentar paliar con el general Gutiérrez Mellado uno de los problemas más graves de la sociedad española. Pero antes de encarar el tema de la charla de esta tarde me gustaría expresar ante ustedes mi satisfacción por estar en Bilbao y en esta querida Universidad de Deusto. La última vez que aquí estuve fue acompañando a su Majestad la Reina con motivo de la inauguración del Instituto Deusto de Drogodependencias, creado con la Fundación de Ayuda contra la Droga. También es una satisfacción, y lo digo sin deseo de elogio gratuito, estar en el País Vasco y hablar de drogas aquí.

El problema de la droga es un problema que ha azotado y azota a toda la sociedad española, pero ante el que el Gobierno Vasco y las instituciones civiles vascas han adoptado una actitud singular. Primero, una preocupación más acentuada, probablemente por la magnitud que el problema tenía aquí y, segundo, una disposición que, sin ambages y sin elogios inmerecidos, creo que es modélica. Hoy para muchos aspectos

---

\* Eduardo Serra Rexach nació en Madrid en 1946. Es licenciado en Derecho por la Universidad Complutense de Madrid. En 1974 ingresó, con el número uno, en el Cuerpo de Abogados del Estado. Entre 1977 y 1979 fue jefe del Gabinete del Ministro de Industria y Energía; entre 1979 y 1982, secretario general del Consejo de Administración del Instituto Nacional de Industria; entre 1982 y 1984, subsecretario de Estado de Defensa, y desde entonces hasta 1987, secretario de Estado de Defensa. Ha sido además director general, vicepresidente ejecutivo y presidente de la Fundación de Ayuda Contra la Drogadicción hasta 1996; presidente de Telettra España (1988-91); presidente del Consejo de Administración de Cubiertas y MZOV (1991-95); presidente de Peugeot Talbot España S.A. (desde 1992); Presidente del Centro de Estudios de Política Exterior (desde 1993), presidente de Airtel Móvil (desde 1995). Eduardo Serra fue nombrado Ministro de Defensa en mayo de 1996. Es miembro de la Academia Europea de Artes y Ciencias y está en posesión de diversas cruces y condecoraciones.

de la cuestión de las drogas hay que mirar como referente y como ejemplo lo que ha hecho el Gobierno Vasco y lo que ha hecho y está haciendo la sociedad vasca.

Quiero por tanto ser yo el que agradezca al Forum Deusto la amabilidad que tuvo al invitarme a participar en el ciclo sobre innovación y cambio, y desgranar con ustedes algunas ideas sobre las drogas en una sociedad cambiante y distinta de la que recibimos, a la vez que echamos un vistazo a nuestra juventud.

A mí me parece que el primer acierto es el título del ciclo. El giro que ha experimentado la sociedad española desde la Segunda Guerra Mundial ha sido copernicano. Los más mayores nacimos en una sociedad rural y agrícola con índices de analfabetismo elevados, en una sociedad pobre y con gran mortalidad infantil, en una sociedad autoritaria, y casi de repente, con una velocidad social insólita, nos hemos convertido en un país industrial y urbano, con la mayor migración interior desde la Segunda Guerra, con mejores índices de mortalidad infantil que la República Federal Alemana, en un país que pasa de los 300 a los cerca de 15.000 dólares de renta, en un país de libertades y de régimen democrático, en un país con cuotas de alfabetismo parecidas a las de los más envidiables, y sobre todo hemos pasado de nacer en un país aislado a vivir en un país plenamente integrado en las estructuras internacionales.

España es por tanto un país cuya capacidad de cambio ha demostrado un dinamismo envidiable y envidiado por otras sociedades europeas. Pero al mismo tiempo quizá nos ha hecho olvidar, aunque sólo sea momentáneamente, algo que es muy importante para todas las sociedades: conservar el legado de nuestros mayores desde hace más de 2.000 años, es decir, la tradición.

Equiparar lisa y llanamente lo nuevo con lo bueno, además de un juego de palabras, a mí me parece una tontería. Hay cosas nuevas extraordinariamente positivas, y hay cosas que distan mucho de serlo, y entre las cosas nuevas que nos han llegado están las drogas. Cuando me refiero a las drogas no me refiero a las drogas como fenómeno digno de la atención de un entomólogo. Era tradicional, por ejemplo, la adicción a la morfina en algunos grupos concretos profesionales, o a la grifa en algunos grupos concretos del Ejército, sin duda después de sus experiencias africanas, pero no era un fenómeno general.

En los últimos quince años no sólo irrumpe el problema del consumo generalizado de drogas, sino que todas las encuestas han demos-

trado que una de las tres mayores preocupaciones de la sociedad española son las drogas. El paro y el terrorismo eran las otras dos. Por eso me parece una acierto no sólo el título de este séptimo año del Forum Deusto, «Hacia una nueva sociedad: innovación y cambio», sino también que se haya introducido una materia como es la de las drogas y la drogodependencia, máxime teniendo en cuenta que la sociedad y no el poder público es la protagonista. Es la protagonista, primero, porque se sufre en el seno de las familias, y porque, como ya empiezan a aceptar la mayoría de los expertos, es donde está la clave de la solución.

Para las drogas hacen falta, como en todo, buenos jueces y buenas leyes. Pero eso sólo no basta. Hace falta una sociedad capaz de concienciarse, sensibilizarse y movilizarse contra las drogas. Durante estos quince últimos años ha habido una evolución en el problema de las drogas que trataré de explicar someramente, y hoy se vislumbra un horizonte de cierto optimismo. Sigue siendo un problema muy grande, pero creo que tenemos elementos para considerar que podemos mirar el futuro con optimismo.

Lo primero que extraña cuando uno se enfrenta con la materia de las drogas es la ambigüedad que preside toda la cuestión. Hemos dicho que son un fenómeno nuevo. Habría quien diría sin necesidad de recurrir a Noé, a la Biblia, que las drogas son tan antiguas como la Humanidad. Las opiniones, los diagnósticos y los tratamientos sobre las drogas son tan distintos como las personas que los pronuncian.

¿Qué son las drogas? Se habla de que la televisión es una droga. Se habla de los *work-alcoholics*, cuya adicción es el trabajo, etc. Creo que un mínimo asentamiento semántico es necesario. Las drogas son sustancias que producen efectos modificadores en el estado de ánimo, básicamente los mecanismos de percepción, de los sentimientos o del pensamiento, y cuyo consumo ocasiona un daño al consumidor, a la comunidad o a ambos a la vez. Así considerado, las dos cualidades que todo el mundo acepta como características de las drogas son, por un lado, la dependencia, que es una tendencia compulsiva a repetir el consumo, y por otro lado la tolerancia, que se refiere a la necesidad de consumir mayores dosis progresivamente para producir los mismos efectos. Dependencia y tolerancia son las dos características que todo el mundo reconoce como las identificadoras de las drogas, además de decir que son sustancias que se consumen.

La dependencia como característica principal tiene su rasgo en la necesidad de continuar consumiendo droga. Se ha llamado el efecto psicológico de obsesión, que es extraordinariamente sugestivo. Hay un

mecanismo del cerebro humano que es el sistema dopaminérgico, que es el que regula el grado de bienestar o de malestar del individuo *per se*. Este sistema puede tener deficiencias como cualquier otro sistema de la fisiología humana. En el sistema dopaminérgico se están descubriendo ahora por primera vez causas y remedios para sus trastornos, frente a fenómenos aparentemente tan inexplicables, por lo menos para los mayores, como los deportes o actividades de alto riesgo (*puenting*, etc.) que se está demostrando que producen efectos positivos en este sistema dopaminérgico. En cualquier caso, en esta materia hay mucho que investigar.

Además les diré que en algunos casos el consumo de drogas responde a una necesidad fisiológica innata o adquirida. En estos casos no sería adecuado hablar de drogas si decimos que son sustancias que se toman con fines médicos. La segunda característica de la dependencia es la voluntad de obtenerla por cualquier medio, y la tercera, como he dicho, es la necesidad de consumir cada vez mayores dosis. La de obtenerla por cualquier medio va a explicar trastornos sociales ocasionados por los drogadictos cuando les falta la sustancia apetecida. Estas sustancias que son las drogas, conocidas desde la más remota noche de los tiempos y en España desde hace treinta y pocos años, empiezan a ser objeto de un consumo generalizado, aunque no mayoritario.

Lo primero que hay que decir es que en ningún momento de estos últimos treinta años las drogas han sido consumidas por un grupo social representativo con carácter mayoritario. Lo que ha sido sintomático y significativo ha sido el consumo generalizado de las drogas. Y uno de los grupos que ha sido más proclive, tampoco en términos mayoritarios pero sí en términos generalizados, ha sido la juventud. Y en mi concepto la juventud no es más que la proyección de los adultos, y por tanto primariamente no son responsables de nada. Lo que pueden ser es responsables subsidiarios de culpas en que la parte principal la llevan los adultos, que son los que dirigen y crean los parámetros de conducta social.

No obstante, la juventud es el grupo más numeroso entre los consumidores de las drogas no tradicionales. Son al mismo tiempo el grupo más vulnerable y más frágil y el grupo que sufre los mayores daños contra la salud, sobre todo cuanto más temprana es la edad de inicio para su consumo. Quizá esto sirviera para hacer una primera reflexión. La juventud, como cualquier grupo humano, no es tonta, y si consume drogas es que alguna función social cumplen. Desapasionadamente deberíamos preguntarnos qué función social es la que cumplen.

Con carácter general, ¿por qué una parte minoritaria pero importante de nuestra juventud se ha sentido y se siente inclinada al consumo de drogas? Aquí hay dos grandes grupos de explicaciones: unos grupos sociales que intentan ver las causas en determinadas características de la sociedad actual y unos tratadistas que lo centran más en características individuales. Ambos coinciden, sin embargo, en que la juventud es probablemente el período más difícil de la vida, en el sentido en que el único bagaje acumulado para un joven es el de ser un niño, y por tanto son los parámetros infantiles los que han dirigido su conducta, parámetros que devienen obsoletos para las nuevas situaciones que deben afrontar, y sin embargo los nuevos, que deben afrontar por definición, no los conocen.

El lenguaje, que muchas veces es el mejor maestro que podemos encontrar, en mi opinión, define a los jóvenes como los que no son adultos. A los adolescentes les falta no sólo práctica. Les falta también conocimiento de los instrumentos individuales y sociales, de los resortes y las teclas que hay que tocar para hacer frente a situaciones que, por nuevas, les son desconocidas. Además la juventud se enfrenta al proceso más doloroso, que es el de la formación de la propia personalidad. En ese proceso extraordinariamente difícil, que ocasiona continuamente desmayos y depresiones por no saber cómo hacer frente a situaciones insólitas, de repente aparece con carácter generalizado un remedio del que se puede echar mano. Ha habido muchos que, ingenuamente, han echado mano de las drogas, han visto que cumplían una función social, superaban inhibiciones y timideces, hacían tener sensaciones aparentemente más espectaculares, y casi sin darse cuenta se ven atrapados por ellas.

Las drogas, en una sociedad que presume de haber alcanzado la libertad, son la forma de esclavitud más generalizada en los países occidentales en el siglo xx. Alguien, por querer llegar a ser mayor, se ha hecho esclavo casi sin darse cuenta. El proceso de emancipación de esa esclavitud es terriblemente difícil y doloroso. El caso es que, quizá por las carencias de los que hoy somos adultos, que un día fuimos niños de posguerra cuando tuvimos carencias sobre todo materiales; hemos querido que nuestros jóvenes de hoy tuvieran todo. No sólo les hemos dado recursos materiales, les hemos dado el menú hecho.

Como decían los antiguos, las etapas de la vida humana se podían comparar con los distintos papeles que uno puede representar en el teatro: y decían que, durante la juventud, uno era autor de su propia vida; durante la madurez, uno era actor de su propia vida y, durante la vejez,

uno era su propio espectador. A esa juventud a la que hemos querido dar lo mejor le hemos dado el menú hecho, y a un autor no se le puede dar el libreto escrito. Probablemente como una forma de rechazo a lo que a mi juicio le hemos dado equivocadamente, pero sin duda de buena fe, la juventud nos ha mostrado que está en contra de que le demos el mundo hecho. Cada generación quiere hacer su propia construcción del mundo, quiere tener su propio horizonte vital, y no valen las buenas intenciones de las que «estaba empedrado el camino del infierno». La buena intención no es paliativo. El caso es que éste es probablemente el grupo social más dañado por los efectos nocivos del consumo de las drogas.

Por eso, más que decirles a ustedes cuáles son los distintos tipos de drogas desde el punto de vista de la composición química o de los efectos que producen en el sistema nervioso (si son estimulantes o son depresivos, si son derivadas del opio o son de composición artificial), me parece de más interés el detener nuestra atención en los tipos de drogas: a la distinción entre drogas legales o ilegales o, dicho de otra manera, drogas socialmente aceptadas o drogas socialmente no aceptadas.

Hemos utilizado como arma arrojadiza entre distintas generaciones y grupos sociales el hecho de que si estábamos embebidos en el tabaco o el alcohol, no teníamos derecho a prohibir el hachís o la cocaína. Desde el punto de vista farmacológico es evidente que todos producen efectos nocivos, cada uno en distinto grado. Es proverbial el grado de dependencia que origina el alcohol y más importante el que origina el tabaco. Por tanto, las llamadas drogas legales y las ilegales tienen rasgos comunes en sus efectos sobre el cuerpo humano.

Ante esta supuesta identidad farmacológica o analogía farmacológica se ha pretendido darles un tratamiento social también paralelo. Si el alcohol y el tabaco son legales, habría que legalizar las drogas. Esta es una opinión hoy, a mi juicio, por fortuna extraordinariamente reducida, pero durante mucho tiempo gozó de amplio predicamento. Sin embargo, probablemente una mirada copernicana al planeta podría dar la explicación. Nuestros ancestros, que no son los chinos, ni los indios de Sudamérica, vivieron una relación tradicionalmente con una droga que es el alcohol. Esta ha sido la droga occidental, como en las culturas árabes ha sido el hachís. Así, cada cultura ha tenido su droga propia.

Es quizá una muestra más de la prepotencia occidental el decir que las vamos a consumir todas. Hubiera parecido más sensato el decir: si



ya tenemos una mala en casa, no busquemos las malas de fuera. El caso es que desde hace diez años se considera que metodológicamente sería un gran error dar el mismo tratamiento a unas y a otras. Siendo todas sustancias nocivas parece preferible el tratar de modo distinto a las socialmente aceptadas, restringiendo su consumo, y a las nuevas drogas tratarlas con un sentimiento de muralla y de prohibición genérica y tajante.

Entre las causas individuales del consumo de drogas se destacan las necesidades del proceso de formación de la personalidad. Pero también hay causas sociales: la primera, que las drogas están en el mercado. Probablemente nuestra juventud tuvo los mismos problemas que la de ahora en el proceso de formación de la propia personalidad, pero ahí no había esas muletas falsas y fraudulentas que son las drogas ni la posibilidad de adquirirlas.

Pero además de que las drogas están ahí, esta sociedad que estamos creando tiene algunos rasgos que hacen más atractivo el consumo. Uno de ellos es que estamos creando una sociedad muy tecnificada —para cada mal hay un remedio— y con una enorme dependencia de la química. Además nuestra sociedad es extraordinariamente pasiva, en el sentido de que el gozo no es una consecuencia de la propia actividad, sino algo que le viene al individuo proporcionado desde fuera, y por tanto no demanda ninguna actividad interna. El gozo está fuera y hay que traerlo adentro. Esa actitud general de la vida como un espectáculo en el que uno es espectador probablemente haya hecho más fácil la propensión a las drogas.

Además la sociedad en la que vivimos es una sociedad gregaria. Sólo se manejan grandes grupos. Nos vemos obligados a regirnos por la ley de los grandes números. Hay que poner estos programas porque tienen gran audiencia, con independencia de si son buenos o menos buenos. Es decir, se fomentan las actitudes gregarias que por ser uniformes son más aptas para el consumo.

Otro factor es la relación entre el consumo de drogas y el esquema axiológico o esquema de valores. A mí me parece que hay algo que tenemos tendencia a decir los mayores y no es correcto: «se han perdido los valores». Una sociedad no pierde los valores, simplemente porque los valores son tan necesarios para la vida humana como el aire para respirar. El problema es que los valores se van modelando con el paso de los tiempos. La sociedad española, que, como les dije, ha sido quizá durante demasiado tiempo una sociedad excesivamente tradicional, tenía unos valores de un enorme arraigo. Muchos de esos valores han

sido puestos en tela de juicio y están siendo sustituidos por otros valores, no tan tradicionales, pero que probablemente no han arraigado todavía de modo suficiente. De modo que la sociedad española en general, y la juventud española en particular, se han podido ver más débiles para poder hacer frente a la amenaza de las drogas que otras sociedades con un entramado de valores más arraigado que el que ha tenido, a partir de los años 60 o 70, la sociedad española.

Creo que es absolutamente esencial volver los ojos al esquema de los valores. Estos son las guías de conducta. Otra cosa es que cada cual se los puede dar a sí mismo, o le pueden venir dados desde fuera. Pero esta es otra cuestión. El problema primero es decidir si en la vida, en cada proyecto de vida individual, se consideran necesarios los valores. Si es así, ¿qué sistema de valores escoge cada uno para que llenen su propia trayectoria por el mundo? Tradicionalmente así se había entendido, porque en el concepto general que repasaba la vida había cantidad de expresiones que reflejaban el carácter transitorio de la misma, de la vida como un valle de lágrimas. Ahora hemos pasado a una sociedad donde parece que en la vida no se camina, sino que se está. Es un poco volver a lo que les decía de la sociedad pasiva. Ese concepto de la vida como aventura o empresa individual, o la vida como camino, implícitamente supone la existencia de unos hilos conductores de esa empresa o camino que en principio, aparentemente, son innecesarios si la vida es un «estar» o, como se nos ha querido decir, un «bienestar» que no exige esfuerzo ninguno al individuo.

Les he explicado cuál ha sido a mi juicio la situación general en las sociedades occidentales y el caso acentuado de la sociedad española por su rápida transición (y no me refiero sólo a la transición política). Les decía al principio también que esos 20 ó 30 años que llevamos con el problema de las drogas no son homogéneos. Empezaron en la década de los 60 con el LSD, los alucinógenos, la marihuana y el hachís y, en algunos casos más reducidos, pero más espectaculares, la heroína. Esto es percibido como un símbolo de rechazo y de protesta social. A finales de los 70 los efectos de la heroína ya empiezan a ser socialmente sufridos, y en la década de los 80 es la protagonista. La enorme masa de los recursos sociales, tanto preventivos como terapéuticos, va hacia la heroína, cuya importancia social se multiplica exponencialmente como consecuencia del SIDA.

Hoy en día el problema de la heroína está en vías de solución. El consumo de heroína, no sólo por vía parenteral, ha descendido, y estamos viendo una población residual que con SIDA o sin él está dejando

de vivir en condiciones trágicas, y eso ha servido como elemento de rechazo frente a la entrada de nuevos consumidores. La década de los 80 es la de la cocaína, del triunfo social, y es la cultura del éxito fácil y rápido. La cocaína continúa y tiene un problema especial llamado por los expertos «el silencio clínico». Los efectos de la cocaína tardan más en salir a la luz que los de la heroína, y además la tipología del consumidor era diferente, de mayor integración y menor marginalización. Pasado el ecuador de los 90, el cannabis sigue siendo la droga más generalizada.

En España —aunque es muy difícil hacer las estadísticas— tenemos unos 700.000 consumidores de derivados del cannabis, unos 200.000 adictos a la cocaína y unos 50.000 a la heroína. Hay un nuevo problema que está ya más o menos asimilado y medianamente aceptado, que son las llamadas drogas de diseño. Estas drogas van a tener una importancia enorme en la modificación del narcotráfico porque son drogas de fabricación casera y muy barata, que carecen de base natural (es composición artificial) y van a permitir un consumo más normalizado, es decir, que los que las consuman lleven una vida más normal que las del heroinómano marginal de los años 70 u 80. Esta irrupción de las drogas sintéticas se complementa en nuestra década por un consumo generalizado del alcohol.

El consumo del alcohol entre los jóvenes ha crecido extraordinariamente, aunque su consumo ha descendido en cantidades globales. Un fenómeno nuevo es la edad de iniciación al consumo del alcohol, que baja, mientras que las drogas de síntesis tienen una edad media de entrada alrededor de los 19 y 20 años. El crecimiento del consumo del alcohol y la aparición de estas drogas de las que es tan difícil hacer un tratamiento generalizado son hoy por hoy los mayores problemas.

Sin embargo, hay motivos para el optimismo. Ha aumentado extraordinariamente el rechazo a estas drogas en la población española y ha aumentado también la comprensión del problema. En este sentido ha desaparecido una antigua disputa que decía que el drogadicto era un delincuente, y ha vencido una opción que a mí me parece más solidaria, la que dice que el drogadicto es un enfermo.

Probablemente la región de España donde más se sufrieron los comienzos de la droga fue el País Vasco. Ha sido modélica la atención tanto oficial como de la sociedad civil, organizaciones no gubernamentales, centros de documentación, etc., y se ha conseguido la «normalización» del problema dentro del País Vasco. Hay así mismo un dato nuevo, y es que se acusa aquí un crecimiento del consumo del alcohol superior a la

media. Según un informe del Gobierno Vasco todavía no publicado, cuatro de cada diez escolares consumen alcohol todos los fines de semana. Las bebidas que se ingieren son cada vez de mayor graduación alcohólica y es preocupante el número de adolescentes que bebe.

El problema de la droga es que ésta está ahí. Hay oferta de droga. ¿Qué es más importante: el control de la oferta, la lucha contra el narcotráfico o la contención de la demanda y la prevención? También parece que aquí se han decantado por la focalización en la demanda, sin perder de vista en absoluto la represión del narcotráfico, pero se ha revelado que es la medida más eficaz contra la droga. En la sociedad española, el 92 % de la población entiende que la educación en las escuelas es la medida más importante. También se entiende como básica la educación en valores, el concepto de los valores positivos y las conductas alternativas al consumo de drogas, y también es mayoritaria la conciencia de la importancia que tiene la institución familiar.

Por tanto habría tres pilares, sociedad civil, familia y escuela, sobre los que debería pivotar todo el sistema de prevención para el futuro, reservando a los poderes públicos el problema de la represión del narcotráfico.

La Fundación Contra la Droga fue creada por un gran hombre, el capitán general Gutiérrez Mellado, que nos ayudó a todos a defender el presente (recuerden el 23 de febrero). En 1986 decidió que había que salvar el futuro y la juventud y para ello creó la Fundación. En ella, desde el primer minuto, nos dedicamos exclusivamente a la prevención. Muy brevemente les diré que es una institución privada y apolítica, que siempre ha dicho que la labor de prevención es una labor de todos. En el País Vasco tiene múltiples convenios con instituciones educativas, sociales y culturales.

Estamos convencidos de que sólo una mirada tranquila, probablemente introspectiva también para los adultos, es esencial para poner fin a esa lacra que son las drogas, una mirada introspectiva alejada de cualquier prepotencia y cualquier descalificación de un grupo social. Si de verdad queremos a la juventud tenemos que prepararla para la vida, no dándoles peces, sino enseñándoles a pescar, y las cañas, como antes he dicho, son los valores y no los bienes materiales. Les invito, pues, a que reflexionemos todos un poco y volvamos la vista a los valores del espíritu, y no sólo a los bienes materiales.

Muchas gracias.